

Don Joaquín en el recuerdo

El señor Victor Flores, platero y profesor de la Escuela de Bellas Artes de Ayacucho, me llevó donde el maestro López Antay. Don Joaquín no estaba; su señora nos dijo que no tardaría. Entre los saludos y fórmulas de cortesía salimos a la calle y a lo lejos divisamos la figura erguida del viejito que venía hacia nosotros. "Pasen", nos dijo.

Don Joaquín debe estar cansado de que le pregunten siempre lo mismo; me arriesgaba a su cólera o su mutismo. Fue cortés. ¿Quién le sugirió la idea de hacer retablos? "La señorita Alicia Bustamente Arguedas". ¿Cómo era el San Marcos antiguo? "Antes, no hacía grandes; primero chicos como éste". (Me señaló uno de 20 cms. más o menos). Tenía 5 santos: "San Marcos, San Lucas, San Antonio, Santa Inés y Santiago, con sus animalitos. Abajo la herranza: el patrón, el abigeo castigado, las mujeres haciendo música, el zorro ladrón de gallinas... Cuando el patrón hace justicia pafa el condor". ¿Por qué hace algunas figuras con molde? No me respondió. Me señaló solamente cuáles eran hechas a mano: Niño Dios, zorro ladrón, patito, por lo que entendí que no existía una jerarquía entre los sujetos.

¿Cuánto cuesta, por ejemplo, este retablo? (Señalé uno de 20 cms. y un solo cuerpo). "Sesenta libras". ¿Y esté? (Le señalé uno más grande de 2 cuerpos). Me contestó: "mil doscientos".

De regreso el señor Flores me habló de los arrieros de Carmen Alto, de los temas o "pasión" con sus personajes y animales mientras la luz caía a plomada y se hacía más cruda.

Joaquín López Antay ha emprendido el largo camino; pero a diferencia de los arrieros de su tierra, él no regresará de ese viaje. Ha cargado en una mula parda sus recuerdos de mocedad, de la vida apacible de provincia, pero ningún retablo. Sus construcciones de madera y masa, llenas de colorido pueblerino, se quedaron entre nosotros como testigos elocuentes de una historia que vale la pena contar.

Nunca olvidaré el rostro del maestro, cuando mudo y desconfiado, encabezaba una mesa redonda en la que se le rendía homenaje. La organizadora del acto, con candorosa temeraria, había juntado en esa mesa pareceres irreconciliables, que lógicamente estalla-



El maestro don Joaquín cerró las portezuelas de un retablo y... se fue.

ron en una acre polémica.

A la distancia de los años, este es un punto de la polémica que habría que dilucidar. ¿Cómo explicar este "pleito de blancos" en el contexto de la época? La dación del premio al maestro retablista creó inmediatamente una separación entre el grupo de artistas e intelectuales de la burguesía capitalina. El asunto se perfiló, pues, como un desacuerdo ideológico entre los sectores de una misma clase: el sector progresista y el sector conservador. El primero aprovechaba la coyuntura de un gobierno "revolucionario" para dar un corte radical al antiguo sistema de las artes y al señorío del artista culto. Se quiso equiparar el arte culto capitalino con el arte popular rural y a sus creadores, lo que significó iguales opciones de ambos frente a un premio llamado nacional. De esta manera el arte popular entraba con todo derecho a la historia del arte peruano. El segundo reaccionó con la típica psicología del señor invadido, defendiendo un terreno que le



Una muestra de arte popular, artesanía de Mario Mendivil, acompañado aquí por su esposa.

era desde siglos exclusivo. Acentuando la diferencia entre artista culto y "artesano", no hicieron más que evidenciar el carácter clasista de su posición, como las formas de una cultura dominante y otra dominada, que no quieren admitir. La polémica fue ocasión para dejar al descubierto la posición conservadora y retrógrada de muchos artistas y para demostrar que el grupo de productores artísticos sigue siendo en el Perú el más ajeno a la realidad del país.

La reacción de los artistas fue por demás emotiva, inscrita en el sentimiento romántico liberal del siglo pasado: sólo en el arte culto se avizora la genialidad del creador individual; la unicidad del arte culto es la garantía de su bondad, etc. También, no hay que negarlo, existía una crasa ignorancia, alimentada durante todos estos años de desinformación sobre el desarrollo del arte contemporáneo, descuido lamentable de los centros de formación artística. Emotividad exagerada e ignorancia que desataron temores latentes desde que

se quiso reformar la estructura curricular de las escuelas de arte y que en el fondo hacía peligrar el sistema de producción de objetos artísticos y sus canales de distribución: al cambiar los valores establecidos secularmente sobre la exclusividad del arte de la clase dominante, al equiparar el arte campesino con el de la capital, los artistas cultos vieron temerosos en sus colegas del interior posibles competidores, usurpadores de sus derechos adquiridos. Hubo entonces rasgamientos de vestiduras, clamorosas protestas contra la dación del premio y contra el premiado. Y esa noche en que quiso honrarse, recibió extrañado los desaires de un pintor reaccionario, para el cual "el artesano expresa la mitología elemental de la masa indiferenciada: (mientras) el artista expresa el mensaje recogido de lo hondo del alma humana como valor absoluto en sí". Hoy día, felizmente, la gente joven está convencida que "lo absoluto" también vibra en el silbido profundo de la

quena, como en las danzas pueblerinas y en los retablos ayacuchanos.

Hace algunos meses escuché atónito a un profesor universitario que decía lo absurdo que era establecer diferencias entre el arte culto y el arte popular, porque todo es arte, como manifestación del "espíritu" humano. Resulta que —en opinión del aludido profesor— el arte es uno solo, con mayúsculas, abstracto, reflejo de un gran espíritu universal; que en el mundo ideal y nebuloso del arte no existe asomo de ningún conflicto entre los hombres que lo producen y la sociedad que los consume. En ese mundo aéreo pues, la sociedad no está presente y es más, ese Arte, oh absurdo, sirve para unir a los hombres... (Habría que acceder sin miedo a ciertos temas, como "Arte y clases sociales", "Arte y consumo", "Arte y política", sin los cuales un historiador del arte no puede cumplir su tarea cabalmente).

La polémica ha servido para empeñar a tomar en serio la proyección y

destino del arte peruano, para preguntarse sobre el problema de la identidad nacional, y para ver con alegría que los jóvenes han comprendido el sentido profundo del Premio. Quieran o no, a partir de entonces se ha visto renacer sin complejos, de un tipo de figuración indigenista que ya no ofende a los asiduos de las galerías más conocidas. El tema de la identidad nacional comenzó a preocupar a los estudiosos y hoy día no es sólo conversación de café, sino logros tangibles. ("Perú: identidad cultural"). También es sintomático que como respuesta a una de las tantas bravatas de la ASPAP, los artistas disidentes se agruparon en un Sindicato Único de Trabajadores de las Artes Plásticas, en febrero de 1976.

Absorto, exhibiendo su retablo, como en el cuadro de Camino Brent, don Joaquín se preguntaría muchas veces, qué diablos tendría que ver lo que hacía con la política. Se dijo que el Premio era demagógico, que el Jurado hacía política y que el retablo no tenía nada que ver con lo que estaba pasando, desde el momento que era un residuo colonialista. ¡Ah, pensamiento angelical de la burguesía! Una vez más se separaba al arte de la vida, de los intereses de clase, en última instancia, de la política. También esto lo ha comprendido la juventud, luego de su experiencia como electora y el fracaso del actual gobierno: todo acto social es político. La dación del Premio Nacional de Cultura a Joaquín López Antay fue político desde el momento que fue un acto de responsabilidad y justicia, un acto social que tomaba en cuenta los méritos artísticos. ¿O es que las medidas del actual Gobierno por desaparecer el INC y dejar abiertas las puertas a la iniciativa privada no son medidas que tienen que ver directamente con la cultura?

Don Joaquín, es verdad, usted hacía sus retablos sin pensar en la política, pero resulta que "como acto genial" venía del pueblo y debía regresar a él, de mil maneras: hicimos nuestros sus retablos, aunque no dijeran lo mismo para nosotros los capitalinos, lo hicimos el signo de la creatividad liberada, de la recuperación de nuestra "iniciativa cultural". ¿Es demagogia esa acción que nos devolvió algo creado por el pueblo y que ahora forma parte de nuestra historia?

Lo cierto es que usted decidió su partida, cargó con sus recuerdos, cerró las portezuelas de un gran retablo lleno de episodios y de madrugada emprendió el largo camino sin regreso.